

# CRONICAS

## MESA REDONDA SOBRE EL DESTINO DE EUROPA

Se celebró el día 19 de junio una mesa redonda en torno del tema «Europa ante su propio destino». El acto tuvo lugar en la sede del Comité Internacional para la Defensa de la Civilización Cristiana, y fue presidido por el ministro secretario general del Movimiento, don José Solís Ruiz. Actuó como moderador don Roberto Reyes e intervinieron, sucesivamente, los señores don Jan Jun, don Bartolomé Mostaza, don Jorge Uscatescu y don Eduardo Comín Colomer.

Es conveniente —pensamos— antes de pasar a exponer la síntesis ideológica de las diferentes tesis debatidas recordar que, en efecto, el tema Europa vuelve —con cierta insistencia— a ocupar la atención de los intelectuales españoles, que, como es sabido, han vivido largos años de espaldas a los problemas europeos, sustentando, como alguien ha dicho, un nacionalismo mal entendido.

Por otra parte, fenómeno inevitable, siempre que se habla de Europa hay que hacerlo teniendo a la vista las coordenadas político-sociales, y así, por supuesto, también ha sucedido en la mesa redonda que comentamos. Esto, precisamente, es un signo alentador. Darse cuenta de que, quiérase o no, la política europea, teórica o práctica, ha experimentado un considerable avance. De suerte que resulta muy fácil comprobar cómo, por ejemplo, en la mayor parte de los Estados europeos impera la idea y el deseo de acomodar los programas políticos a la realidad social.

Se está llegando, quiérase o no, a una integración política y social de Europa. Europa, es preciso insistir en esta idea, camina hacia su unidad ideológica. Pero para conseguir esa fraternidad político-social hay que vencer serios obstáculos, ya que, como gustaba subrayar Ortega, este enjambre de pueblos occidentales que partió a volar sobre la Historia desde las ruinas del antiguo mundo se ha caracterizado siempre por una forma dual de vida. Pues ha acontecido que conforme cada uno iba poco a poco formando su genio peculiar, entre ellos o sobre ellos se iba creando un repertorio co-

mún de ideas, maneras y entusiasmos. Más aún: este destino que les hacía, a la par, progresivamente homogéneos y progresivamente diversos, ha de entenderse con cierto superlativo de paradoja. Porque en ellos la homogeneidad no fue ajena a la diversidad. Al contrario, cada nuevo principio uniforme fertilizaba la diversificación. Veamos, por lo tanto, algunas de las soluciones que en la mesa redonda que reseñamos se apuntaron.

Recordando, entre otras cosas, la existencia de dos bloques ideológicos —bloques que dividen política y socialmente a Europa— compactos, firmes y de ideología contradictoria e inexorable, el señor don Roberto Reyes subrayó la indeclinable necesidad de que el Viejo Continente reasuma su conciencia nacional, hasta el punto de despertarla en la Europa comunista. Esa conciencia debe entrañar —afirmó— una vocación creadora, nunca imitadora; debe ser una conciencia que aspire a reivindicar la condición humana, lejos de los peligros de aplastamiento que conlleva la sociedad industrial supertecnificada, en la que, como es sabido, se pierde hasta el más elemental de los sustratos humanos.

El señor Comín Colomer señaló en su intervención la suprema necesidad, para lograr la unidad política y social europea, de alcanzar la desconexión absoluta y total entre los dos bloques imperantes en la hora actual europea. No deja de ser un signo esperanzador, manifestó el abismo que separa al bloque occidental del bloque comunista. Por otra parte, la tradición cristiana tiene en el Viejo Continente ciertas raíces, de las que, sin duda, en el futuro han de brotar no pocas soluciones para los problemas del hombre europeo.

Es de esperar, destacó don Bartolomé Mostaza, que los intelectuales europeos brinden adecuadas soluciones que nos conduzcan, en el futuro, a la anhelada unidad europea. Por lo pronto —subrayó—, quien analice atentamente los diversos vaivenes de la política europea podrá apreciar que, efectivamente, existe ya más de un movimiento intelectual convergente a la deseada comunidad de sentimientos.

Fue muy sugestiva la intervención del profesor Jan Jun, checoslovaco en el exilio, que hizo hincapié en la idea de que la estrategia del comunismo, dirigida a la dominación del mundo, era la misma de siempre. El movimiento comunista no se ha renovado. Es posible que las tácticas sean otras, pero, en el fondo, se mantiene la misma ideología, y sobre todo el mismo ritmo de lucha. El comunismo no cesa, no cae abatido ante el fracaso, ya que, como por triste experiencia todos conocemos, vuelve una y otra vez a la conquista de sus objetivos. Sin embargo, añadió, es posible que esté herido de muerte y que sea el cristianismo la doctrina que mayor garantía pueda ofrecernos en adelante.

Destacó el profesor Jorge Uscatescu, siguiendo la misma tesis del profesor Jan Jun, que uno de las principales características del comunismo es, sin duda, la de la represión. La represión, efectivamente, es un arma política muy peligrosa, pero de resultados eficaces. El profesor Uscatescu recordó la represión llevada a cabo dentro de Rusia por Stalin, quien —afirmó— no hacía sino ejecutar un proyecto de Lenin; la represión del mismo Stalin fuera de Rusia para ahogar todo brote de nacional-comunismo; la represión en Hungría, en tiempos de Kruschef, y la reciente represión en Checoslovaquia, con Breznev en el Poder soviético. Uscatescu analizó igualmente la falta de cohesión en el bloque comunista y consideró, aunque muy brevemente, las peculiares características de la concepción rusa, chino-asiática y occidental. En esas concepciones, dijo, se esconde la idea de la defensa de la esencia histórica, de las tradiciones propias de cada pueblo, y sobre todo de la idea de individualidad y libertad. Los pueblos comunistas, es decir, los que entienden la idea de comunismo solamente como un movimiento ideológico más o menos seductor, no conciben la opresión a la que vienen sometidos. Esto puede ser otro síntoma esperanzador hacia la unidad política y, por ende, social que necesita y anhela Europa.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

